

geles, que fueron vistos por uno de los carceleros, que era judío.

Entretanto Marzabán había escrito á Cosroes preguntándole lo que debía hacer con Anastasio, y recibió la orden de dejarle en libertad, y que le consintiese practicar la vida monástica, siempre que dijese en presencia de dos testigos que no era cristiano; pero el Santo rechazó indignado semejante proposición. Cinco dias despues se le trasladó á Persia, para que fuese juzgado por el mismo rey. Precisamente en uno de estos cinco dias coincidía la fiesta de la santa Cruz, que se celebraba el 14 de setiembre. Uno de los recaudadores de tributos, que era cristiano, y gozaba de grande prestigio para con Marzabán, alcanzó de éste, que Anastasio pudiese asistir á los divinos oficios en una de las iglesias de Cesarea, lo cual hizo acompañado de los dos religiosos que le había mandado el abad Justino. Su presencia fué un poderoso motivo de consuelo para los fieles, é inspiró ánimo á algunos, á quienes habían abatido la prosperidad de los persas y las desgracias de la Palestina. Todos le animaron á perseverar, besaron sus cadenas, y le tributaron todo género de obsequios. Despues de la santa Misa, el recandador, que le había garantizado, le convidó á desayunarse en su casa juntamente con los dos religiosos, volviendo despues á su prisión.

Partió en seguida para la Persia con algunos otros cristianos, siguiéndole uno de los monjes que le había enviado el abad Justino, pues llevaba orden de prestarle todos los servicios que necesitase, y de llevar una relación exacta de todo cuanto ocurriese.

Hallábase entónces el rey Cosroes en Discartes. Cuando el santo mártir llegó á Balsoloe, pequeña ciudad situada á dos leguas de aquella, vino á examinarle un oficial de parte del príncipe. El Santo le respondió por medio de intérprete,

por no querer hablar la lengua persa, que nada podría separarle de la fe, y que despreciaba la fortuna que se le ofrecía. Entónces le tendieron en tierra, y le aplastaron con una gruesa piedra, sobre la cual se colocaron dos hombres para aumentar la presión. A este tormento añadieron el de los azotes que se repitieron hasta tres veces en diferentes dias. Despues se le suspendió atándole de una mano, y colgando una piedra de sus pies.

En el intervalo de estos suplicios fué visitado por el religioso y otros fieles, favorecidos por el principal de los carceleros, que era cristiano. Se dejó, por último, de atormentarle, y el rey mandó que se le diese muerte juntamente con otros setenta cautivos cristianos, para lo cual los sacaron fuera de la ciudad, y despues de decapitarlos uno á uno, se exigió nuevamente á Anastasio que obedeciese las órdenes del rey, si no quería sufrir la suerte de los demás. Entónces el Santo, levantando sus ojos al cielo, y dando gracias al Señor que había satisfecho sus deseos de morir por la fé, dijo á los oficiales del príncipe: No deseo otra cosa que morir por amor á Jesucristo; así es que le doy gracias, porque con unos trabajos tan pequeños se digna hacerme participante de la gloria de los mártires. En vista de una resolución tan firme, le ahorcaron como á los demás, y le cortaron la cabeza para presentarla á Cosroes. Esto ocurrió el 22 de enero del año 628.

La víspera de su martirio anunció á los cristianos que la muerte de Cosroes les pondría en libertad. « Sabed, les dijo, hermanos míos, que por la gracia de Dios moriré mañana: pocos dias despues sereis librados de las amarguras de la esclavitud, porque morirá este rey injusto. » Al cabo de un mes Cosroes fué asesinado por su hijo Siroes, como hemos dicho al principio de este capítulo.

El cuerpo de san Anastasio fué rescatado y trasladado al monasterio de san Sergio, á una milla de distancia, por el

monje que le había seguido. Este volvió al cabo de un año al monasterio del abad Justino, llevando la túnica del santo mártir, y refiriendo toda la serie de sus tormentos al abad, que se apresuró á consignarlos por escrito. Este mismo religioso hizo otro viaje á Persia, y sacando el cuerpo del Santo del monasterio de san Sergio, lo llevó á Constantinopla, desde donde fué trasladado algún tiempo despues á su monasterio de Palestina. No permanecieron en él mucho tiempo estas reliquias, sino que fueron trasladadas á Roma, á lo ménos su cabeza y su imágen, que fueron colocadas en la iglesia de la santísima Virgen *ad aquas Salvias*. Dios manifestó la gloria de este Santo con muchos milagros, y su vida fué citada en la sesión cuarta del segundo concilio de Nicea, apareciendo también de las actas de este concilio que su imágen hizo un milagro.

El santo Padre Antioco, á quién somos deudores de la relación del martirio de los cuarenta y cuatro monjes asesinados por los sarracenos en la laura de san Sabas, fué también religioso de ésta. De él se conserva un *Tratado espiritual* lleno de piedad y de erudición, y que nos dá una excelente idea de sus virtudes y de su doctrina. Habiendo entrado los Persas en el Asia Menor, se apoderaron en el año 619 de la ciudad de Ancira, capital de la Galacia, en cuyas inmediaciones se hallaba el monasterio de Attalia, cuyos monjes huyeron para no caer cautivos. Viéndose obligados á mudar frecuentemente de lugar, y no pudiendo llevar libros en estos viajes, escribió su abad, llamado Eustaquio, á Antioco, encomendándole que hiciese un compendio de la santa Escritura en un solo volúmen, que contuviese lo más necesario para la salvación. Le rogaba al mismo tiempo que consignase todo lo relativo á la muerte de los monjes asesinados por los sarracenos, cinco años antes, y cuya fama había llegado hasta su provincia.

Antioco satisfizo sus deseos en una carta en que detallaba

los tormentos sufridos por los santos Mártires, y exponía todo lo que habían hecho los abades Modesto y Justino despues de la toma de Jerusalem por Cosroes, como ya hemos referido. Añade despues el compendio que se le pedía, de las principales máximas de la moral cristiana, dividido en ciento treinta capítulos ú homilias, dando principio por la fé, que es el fundamento de todas las virtudes, y sin la cual no puede agradarse á Dios.

Habla despues de la esperanza, y muy extensamente de la abstinencia, del ayuno, y de la renuncia de los bienes de la tierra y de todo cuanto pueda halagar al corazón humano. Recomienda que se evite toda comunicación peligrosa, que se emplee mucha circumspección en las palabras, y que haya costumbre de hablar poco, y esto con modestia religiosa.

Quiere también que los religiosos se conserven en grande pureza de espíritu y de cuerpo, y les propone que por la noche, y ántes de acostarse, digan alguna oración para evitar los lazos del demonio, y descansar en el seno de esta virtud angélica. Hé aquí lo más esencial de esta oración.

« Preservadnos, Señor, de las ilusiones del enemigo de nuestras almas, miétras entregamos nuestros cuerpos al reposo que les es necesario. Reprimid en nosotros las pasiones y los lazos que nos tiende la carne, y haced que el sueño que tomamos nos sirva únicamente para reparar nuestras fuerzas, y para que podamos servirlos fielmente. No permitais que este sueño sea tan profundo, que nos impida levantar nuestro espíritu á Vos, hacer las vigiliias de la noche y de la mañana, y tributaros el homenaje que os es debido. Antes por el contrario, concedednos la gracia de poder vigilar constantemente para alabar á todas horas vuestro santo nombre con himnos y cánticos, O Trinidad adorable, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que vives por los siglos de los siglos. Amen. »

Combate despues la cólera, el resentimiento, la tristeza, la pereza, la pusilanimidad, la murmuración, la maledicencia, y la libertad con que algunos condenan al prójimo, publican sus faltas, ó le reprenden indiscretamente. Habla contra lo ociosidad, la resistencia á las autoridades, la doblez, el orgullo, la vana gloria, y otros muchos vicios, y exhorta á las virtudes contrarias. Todo esto lo expresa de una manera muy conmovedora, y puede considerarse como un precioso compendio de todo lo más piadoso y útil que habían dicho los escritores ascéticos.

Dá reglas para el silencio, para las vigiliass y para la salmodia, siendo muy digna de admiración la doctrina que expone acerca de la oración y de la compunción. Hace constar que deberíamos entregarnos constantemente á la oración, no sólomente por la necesidad que de ella tenemos, sino por los frutos que sacamos. Hemos de pedir al Señor este espíritu de oración continua, puesto que es el consuelo y la fuerza del alma en las diferentes disposiciones en que ésta se encuentra. Es preciso ántes de comenzarla, esforzarse por recoger el espíritu, para que no se extravíe en vanos pensamientos: acompañarla del arrepentimiento de las faltas, porque la compunción es una excelente disposición para orar bién, y nada contribuye tanto á hacer progresos en este santo ejercicio como las santas lágrimas. Enseña los medios para alcanzar el espíritu de contrición, y entre otras cosas dice estas hermosísimas palabras: « Dios es tan bueno, que hace sentir los efectos de su clemencia y de su misericordia á un alma, tan luego como la vé derramar lágrimas á sus pies.

Habla del amor de Dios en tales términos, que no puede ménos de vislumbrarse cuán intenso era el que abrasaba su corazón, y tratando despues de las ventajas de la adopción por la cual nos hacemos hijos de Dios, se expresa con la más dulce efusión de su alma para con Jesucristo, llena

de reconocimiento y de amorosas alabanzas. Termina este tratado con una oración, en que deplora, como otro Jeremías, las desgracias de Jerusalem, y suplica á la divina bondad que se apiade de ellas.

Hemos visto que esta ciudad santa fué reedificada en parte por los trabajos del abad Modesto; pero pocos años despues de haber sido libertada de la opresión de los Persas, cayó nuevamente en la desolación bajo el yugo de los Musulmanes. Estos habían subyugado ya la Siria y la Palestina. Jerusalem se resistió durante diez años, y en este tiempo san Sofronio, que ocupó esta silla despues de la muerte de Modesto, nada olvidó para exhortar á su pueblo á que se aprovechase de esta calamidad para convertirse. De él se conserva un sermón que predicó en la fiesta de la Natividad, en el cual dice, que no basta conservar la verdadera fé, sino que es preciso defender al pueblo cristiano de los errores, con que los monotelitas y otros herejes habían infestado estas provincias, y añade que es preciso que la fé vaya acompañada de buenas obras. Se lamenta muy amargamente de que las incursiones de los bárbaros no permitan ir á Bethleem á tributar á Jesucristo homenaje en el lugar de su nacimiento.

« Los pastores, dice, tuvieron la dicha de ir á Bethleem á adorar al Salvador del mundo, y no encontraron ningún obstáculo. Los Magos, guiados por la estrella que Dios les había mostrado, no se ocuparon durante su viaje sino de Aquel á quién buscaban, y tuvieron la dicha de encontrarle en la cueva, envuelto en pobres pañales, en los cuales reconocieron al Dios, al Señor, al Salvador del mundo, por más que su divinidad no pudiera ser vista con los ojos corporales, sino envuelta en el velo de la humanidad. Pero en cuanto á nosotros, nuestros pecados nos impiden participar de esta dicha, viéndonos obligados á permanecer encerrados en el recinto de nuestros muros, y aún cuando no nos

sujetan todavía las cadenas de la esclavitud, nos contiene el temor de caer en poder de los sarracenos. Nuestros pecados son indudablemente la causa de esta desgracia: pues si mereciésemos participar de los consuelos de los magos y pastores, podríamos, como ellos, ir á nuestra querida Bethlehem, que no vemos sino desde léjos, y cantaríamos el himno de los ángeles en la tierra: *Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad*¹. »

« Es verdad que podemos cantarlo aquí; pero no tenemos el consuelo de ir á visitar la santa cueva, porque nos hemos hecho indignos por nuestros pecados. Nos acontece como á nuestros primeros padres, cuando fueron arrojados del paraiso terrenal, los cuales permanecieron en sus inmediaciones, porque la espada del ángel les impedía la entrada. No tenemos que temer la espada de fuego que brillaba á la puerta del lugar de las delicias, pero tememos la de los bárbaros, que, hallándonos situados á dos pasos de Bethlehem, nos impide ir á ella. Entremos en nosotros mismos, volvamos á Dios por una sincera conversión: dejemos las obras de iniquidad que tanto detesta este divino Niño, y tendremos la dicha de ir al lugar en que quiso nacer, para tributarle nuestras adoraciones, etc. De esta manera exhorta san Sofronio á penitencia á su pueblo aflijido.

Por último, en el año 636, capituló la ciudad de Jerusalem, y se rindió al califa Omar, que mandaba personalmente el ejército. Una de las condiciones que exigió san Sofronio es que se permitiese el libre ejercicio de la religión cristiana en toda la Palestina. Accedió á ella Omar, y expidió letras de salvaguardia á Jerusalem concebidas en estos términos. « En nombre de Dios clemente y misericordioso. De parte de Omar, hijo de Hittab, se ha conce-

¹ Luc. II.

dido seguridad al pueblo de la ciudad de Elia (Jerusalem), tanto para sus personas, como para sus hijos, para sus mujeres, para sus bienes y para sus iglesias. Estas no serán destruidas ni cerradas. » Pero este pérfido, tan malvado por su hipocresía como temible por su espada, no cumplió su palabra; pues aún cuando no fué sanguinario, la brutalidad de sus soldados, á quienes no quiso contener, redujo el pais al más lastimoso estado.

En estas tristes circunstancias dió san Sofronio pruebas de ánimo y de una caridad heróica. Impidió la dispersión de su rebaño: lo consoló y fortificó con su palabra; lo asistió con toda la liberalidad de que podía disponer: expuso su vida por él, y habló á Omar con la libertad digna de un pontífice de Jesucristo. Pero viendo que los males aumentaban de dia en dia, se sintió tan impresionado por el celo de la religion y por el tierno amor que profesaba á sus ovejas, que, sucumbiendo al peso de su affixion y de su edad, murió en 638, ó lo más tarde en 639, á los ochenta y siete años de edad.

Esta fué, dice Baronio, una pérdida muy considerable para la Iglesia: pues además de que la defendió con inquebrantable firmeza contra los monotelitas, y que la edificó con la santidad de su vida: si se considera la profundidad de su doctrina por los pocos escritos que de él quedan, merece ser considerado como una de las más brillantes lumbreras del Oriente, y ocupa un rango muy distinguido entre los más ilustres obispos de la antigüedad.